

XIII

Anoche morí otra vez. Ahora estoy bien. No sé si duró mucho; me pareció que no. Después caí dormido como un bebé que ha llorado durante horas.

No hubo llanto.

Abro los ojos. La almohada, bajo mi cabeza, está llena de sudor. No es sudor, me digo. Es sangre. Un disparo: ¿qué más? Las pistolas tienen un encanto que no tiene ningún otro ingenio: son maquinarias precisas, bellas, perfectas. No sirven más que para matar y morir. La razón profunda de una pistola es la muerte.

Durante toda una noche el mundo estuvo abolido, el poder con el que sueñan los villanos de las películas y la gente común y corriente que ve las películas protegida tras su bolsa de palomitas: la posibilidad de destruir el mundo con el movimiento de un dedo.

Anoche acabé con el mundo como lo hacen los suicidas todos los días de todos los años. Algo me diferencia de ellos: tengo la posibilidad de comenzar de nuevo, igual que un jugador de ajedrez. Muerte, miseria, angustia, de nuevo la muerte; quizá algo de felicidad, más miseria y angustia, y otra vez la muerte. Se recomponen

las piezas y se comienza de nuevo, y la muerte es un hito entre tantas posibilidades de movimientos, posiciones, incógnitas, problemas. Los suicidas que triunfaron obtuvieron su recompensa, pero no la disfrutaron.

Alzo las manos y las miro. No hay pistola. No hay sangre. Están un poco oscuras por el sol de los últimos días, por las caminatas en la playa, reseca por la sal. Todavía siento en ellas dolor por la fuerza con que tomé la pistola. Siento la huella del revólver en las manos; en la garganta hay el rastro de esa sensación de ahogo que queda después de haber disparado, y que nunca se olvida. Pero no hay arma. Alguna vez leí que las armas suelen aparecer a un par de metros de los cadáveres de los suicidas; huyen del acto atroz del que fueron instrumento.

¿Cómo puedo recordar que las armas huyen de los suicidas? Si disparé es imposible que recuerde. ¿Cómo recordar la palabra "suicida"? Nací libre y pronuncio la palabra "suicida". (Bah.) Quiero sentirme estúpido por escribirla, pero no puedo. Porque es estúpido ordenarle al cuerpo que se dé muerte, y quizá ése sea el encanto que íntimamente mueve a los suicidas: la estupidez del acto y su inutilidad.

(Debo cambiar mi modo de pensar. Un suicida no puede creer que el hecho más importante de su vida sea el más estúpido: el que se mata destruye el universo de un solo golpe, solitario y egoísta. La idea de que se actúa por egoísmo tampoco es estimulante, pero el egoísmo rechaza

la idea del egoísmo; por ese lado puedo estar tranquilo.)

La almohada sólo está llena de sudor. No es sangre. Estoy vestido (pantalón, zapatos, camisa ligera), húmedo de sudor. Debe ser sudor. El sol me da en la cara. Es la costumbre de no cerrar las cortinas y de creer que uno no está encerrado si el sol entra por las ventanas, o el aire, o las voces de la gente y el murmullo de los automóviles.

Humedad, mucha humedad. El sol es una inmensa masa de fuego que flota sobre el puerto; espera que salga a la calle para tragarme. Algo se me resbala por la ceja, pero no me atrevo a alzar la mano y tocar. ¿Una mosca? No zumba, y las moscas zumban.

Las moscas zumban sobre los muertos.

Las moscas zumban sobre los vivos.

Las moscas zumban sobre los niños.

Las moscas zumban sobre los perros y bajo los perros y a los costados de los perros.

He oído pocas moscas que zumben, excepto las que están cansadas de chocar contra los vidrios de las ventanas. No zumban: tosen. Generalmente vuelan en silencio, se posan sobre cualquier cosa, vuelan de nuevo y vuelven a posarse, y así se pasan la vida. Mueren y otras moscas vuelan sobre sus cadáveres diminutos. (Dejad que las moscas entierren a sus moscas.)

¿Cuáles moscas zumban? ¿Las moscas viejas? ¿Las hambrientas? ¿Las moscas estúpidas, si hay más estupidez que la de ser una mosca? ¿Las menos aptas para el vuelo zumban? ¿Zumban

porque sí, porque no? Las moscas son poco más que instinto de sobrevivencia con alas, antenas y patas, muchas patas. Sobrevivir es huir, y las moscas huyen: uno trata de tocarlas y de repente ya no están allí; han escapado. Vuelan a la velocidad de los fantasmas. (¿Es una paradoja hablar de instinto de sobrevivencia e inmediatamente después mencionar a los fantasmas?) Las moscas sobreviven, se pasan la vida sobreviviendo para que nuestros desechos tengan sentido. Para que el cadáver tenga vida, mil patitas que le den movimiento, miles de ojos que lo vean como algo codiciable. Las moscas saben el precio exacto de un cadáver; a nosotros apenas nos produce terror o náusea. O lástima.

Por eso las moscas sobreviven: saben lo que vale un cadáver. Por eso hay tantas. Por eso no zumban. Por eso sólo algunas zumban, quiero decir: las que se estrellan con insistencia contra los cristales de las ventanas y días después, cuando las hemos olvidado, aparecen en forma de cadáveres que uno toma entre el pulgar y el índice y arroja a la calle. Otra mosca llegará otro día y zumbará para que las cosas permanezcan.

Es el instinto de sobrevivencia lo que mata a las moscas, lo que las hace zumban: se estrellan contra la ventana para salir al aire, para volar y alimentarse de lo muerto y de lo vivo y frotarse las patitas como prestamistas avaros. Son maquinarias de autogratificación.

Las moscas están allí, nada más. Vuelan y vuelan y luego mueren. Nada que un periódico doblado no sea capaz de resolver.

Lo que resbala por mi ceja no es una mosca. Si fuera una mosca lo sabría. La sensación de una mosca sobre la piel es algo con lo que se nace. Sólo es sudor, me digo.

Alzo la mano y me la llevo a la ceja. No me atrevo a tocar; quizá después de todo sí hubo un disparo. Encontraría un agujero pequeño, oscuro, profundo, triste. Quizá mi cuerpo a pesar de todo sí está muerto. Quizá sólo imagino que muevo la mano y que estoy a punto de tocarme una ceja. Quizá es el cerebro que, por costumbre, trata de mover un miembro mutilado, y el miembro mutilado es todo el cuerpo. Quizá sí existe el alma y la he perdido. (Es decir: mi alma quedó atrapada dentro de un cuerpo que comenzó a corromperse en el momento exacto de la muerte.) No recuerdo el ruido del disparo.

¿Veneno? Jamás. ¿Una cuerda? “Puedes perder la dignidad, el respeto y hasta la vida y no pasa nada. Si pierdes el estilo, perdiste todo”, decía M. en la época en que perdió todo, incluso el estilo. El veneno les da a los cadáveres una expresión que no quiero. Un cadáver que cuelga del techo es siniestro sólo a fuerza de ser cómico: en cualquier momento aparecerán veinte niños que vendarán al niño número veintiuno, le darán vueltas sobre su eje, le pondrán en la mano un palo de escoba forrado con papel de china y lo harán que golpee el cuerpo hasta que reviente y de su bajo vientre brote una lluvia de frutas y cacahuetes.

Veo el techo. Encuentro lo mismo que he encontrado en los últimos días: una capa muy

rala de pintura blanca, un foco. Sobre el foco se empieza a formar un alfombra de polvo. También el piso está lleno de polvo. El cuarto vacío. El cuarto que nadie usa. Toda la casa está limpia, bien pintada, amueblada. Ese cuarto siempre estuvo así. El cuarto de mis muertes. (Quizá deba cambiar de costumbres, al menos de lugares.)

La sensación viscosa en la ceja se detiene. Aún está allí, pero se queda quieta. Todavía tengo la mano alzada. Extiendo un dedo y toco.

Es algo líquido y espeso. Si hubiera un espejo en el techo vería mi cuerpo, todavía sin teñirse del color de los cadáveres, con los ojos abiertos y vacíos y sin embargo asustados porque el último golpe, a pesar de toda la premeditación, fue sorprendente.

Pero no hay espejo.